

Sergio González Rodríguez (selec. y prólog.): *Los amorosos. Relatos eróticos mexicanos*, México D. F., Cal y Arena, 1993, 2.^a ed. 1994.

Los amorosos. Relatos eróticos mexicanos de Sergio González Rodríguez es algo más que una recopilación de textos en prosa que nos acerca al mundo del erotismo —género maldito junto al terrorífico o policiaco— considerado como menor o simplemente eludido en la mayoría de las historias de la literatura. No es el único libro de estas características que aparece en torno al territorio mexicano —en 1975 Enrique Jaramillo Levi publica *El cuento erótico en México*—. Tampoco existen otras antologías de este tipo, pues la que he mencionado anteriormente recoge sólo cuentos eróticos de mexicanos contemporáneos y en su introducción intenta redefinir el concepto de erotismo más que dibujar un panorama del género erótico en México.

Por otra parte, el hecho de que el libro sea reeditado un año después de su publicación denota el interés que pudo despertar en los lectores, y frente a esto habría que resaltar que es prácticamente desconocido en España. Quizás su cualidad más destacable sea la de ser fácilmente accesible y sugerente para todo tipo de público, y a la vez muy exhaustivo y rico en datos para el estudioso de la literatura. El blanco de esta recopilación es sin duda el texto erótico en sus más variopintas manifestaciones. Epocas, estilos y temáticas diversas contrastan y se complementan bajo la sábana del erotismo, entendido como su propio autor indica en su sentido más amplio: «el arte de amar, donde residen valores estéticos y morales que convierten al cuerpo y sus placeres en eje de las libertades individuales e íntimas»¹. Los textos están arropados por una interesante documentación histórico-literaria que se mate-

¹ *Los amorosos. Relatos eróticos mexicanos*, selecc. y prólog. Sergio González Rodríguez, México, Cal y Arena, 1994, p. 10.

realiza especialmente en su prólogo, «Lectura y censura sexual en México, 1900-1990», en el que se nos describen detalladamente las vicisitudes de la literatura erótica en México, desde que comienza su difusión hasta nuestros días. Este recorrido pone al descubierto la cara oculta de muchos escritores que tenían producciones literarias de este género y la implacable sed de restricción de la censura, que pretendía ver en la elisión del texto la desaparición del mal sobre la tierra. Llama indiscutiblemente la atención la reforma del código penal del año 1990 que sigue sancionando la pornografía. Frente a este resquicio de afán censorador, los escritores mexicanos reafirman su producción literaria erótica y las encuestas revelan el desco de los mejicanos de que toda persona decida libremente su opción sexual. Volviendo al grueso del libro, González Rodríguez intenta recopilar los testimonios eróticos en prosa más destacables de la literatura mexicana, desde «los antiguos» hasta «los presentes», pasando por «los renovadores» y «los cosmopolitas».

En «los antiguos» se recogen cuatro textos que nos muestran algunas de las primeras manifestaciones eróticas de la literatura mejicana. Nos encontramos con historias románticas y moralizantes («Santa» de Gamboa) y tres relatos de estilo modernista, en los que el erotismo emana de la sensual descripción del cuerpo femenino y del frívolo comportamiento de las féminas. Claudio Oronoz, Julio Torri y José Juan Tablada son los candidatos elegidos. Alfonso Reyes nos sorprende con «El libertino» —breve anecdotario picaresco al modo de los relatos de alcoba del siglo XVIII— que abandona la sensualidad para centrarse en la historia breve y cotidiana de humorismo erótico.

«Los renovadores» aumentan la nómina de cuentistas y sus argumentos varían ostensiblemente. Se abandona la recreación en el cuerpo femenino y se opta por una temática más realista y quizás menos sensual. Los amores turbulentos entre un hombre y una prostituta o el descubrimiento de la homosexualidad como fuente de placer son los elementos más llamativos. José Martínez Sotomayor («La rueca en el aire») y Salvador Novo («La estatua de sal») incorporan esta temática. Los sueños, el pensamiento, se convierten en preciados vehículos del erotismo, a través de ellos los deseos prohibidos se realizan en libertad («Diario de mis sueños» de Bernardo Ortiz de Montellano). El encuentro amoroso como escenario del crimen, la voluptuosidad necrófila se entremezclan en «La puerta en el muro» de Francisco Tario. «El complot mongol» desata el deseo ahogado tras el telón de fondo de la historia policial. «La magnífica» rompe los esquemas convencionales cuando una mujer siente placer al ver un cuerpo masculino desnudo. En «Casi el paraíso» Luis Spota refleja un mundo hipócrita que utiliza el amor para alcanzar una posición social.

En el apartado de «Los cosmopolitas» se encuentran los textos de los escritores más conocidos, podemos leer relatos de Inés Arredondo, Sergio Pitul, Gustavo Sainz, Jorge Ibarguengoitia o José Emilio Pacheco. Las historias abandonan la «perversidad» y destierran todo resquicio de moralismo. En general se aprecia una tendencia al dramatismo erótico o «deserotismo»,

es decir, el acto sexual suele mostrarse como una acción cruel o violenta contra otros: la venganza («Transportarán un cadáver por exprés» de José Agustín), el acto profanador donde se esconde la amargura y el rencor («El gobierno del cuerpo» de Ricardo Garibay, «Sombra entre sombras» de Inés Arredondo), la simbiosis muerte-placer, dolor-placer («Amor conduisse noi» de José de la Colina, «Farabeuf» de Salvador Elizondo), la búsqueda del sexo como vía de escape de la soledad y de la frustración («Retrato de Anabella»), o como acto rutinario («La desdichada» de Carlos Fuentes). Los descos reprimidos y el sentimiento de culpa también merecen un espacio destacado («La flor de Lis» de Elena Poniatowska). En el lado opuesto tenemos aquellos títulos que recuperan la voluptuosidad del juego amoroso («Inmaculada o los placeres de la inocencia» de Juan García Ponce), el placer sexual («La casa de los dos Balcones» de Jorge Ibargüengoitia, «Como en casa ajena» de José Ceballos Maldonado), el espacio que induce al goce de lo sensual («Nossa Senhora do Bonfim» de Sergio Fernández). Todavía perdura en algunos la ternura del enamoramiento infantil («Hoy como nunca» de José Emilio Pacheco), la fortaleza del amor («Noticias del Imperio» de Fernando del Paso) e incluso el humor y la ciencia-ficción se unen para crear una máquina que acabe con los deseos obscenos y con la humanidad a un mismo tiempo como en el cuento de Carlos Monsiváis. Los narradores optan por la tercera persona, pero dejando hablar al personaje o siendo protagonistas de la historia. La mujer es el centro de muchos relatos, en los que son víctimas de la violencia, del desamor y de la cosificación, que las sujeta involuntariamente a un placer y a una sexualidad ficticia y lejana a sus deseos. Se aprecia un aumento en la producción de cuentos escritos por mujeres, que destacan la manipulación a la que se ve sometida en nombre del sagrado matrimonio —la esposa debe acatar los deseos del hombre en cuerpo y alma— o de la religión, que les provoca remordimiento ante cualquier impulso sexual. Lo insólito tiene cabida en «Historias de Cecilia» de Gustavo Sainz; la descripción de la copulación entre un caballo y una yegua supone un espectáculo violento y a la vez poderosamente salvaje y sugerente, en el que se destaca la fuerza sexual del lado animal.

«Los presentes» intenta ser una muestra de erotismo actual. Predomina el tratamiento de la homosexualidad desde el punto de vista tanto femenino como masculino («Nueve pasos» de Alberto Rey Sánchez, «Viaje profundo a la matrix piedra filosofal» de Sara Levi Calderón, «Las púberes canéforas» de José-Joaquín Blanco o «En Jirones» de Luis Zapata). Dentro de esta tendencia habría que destacar la sensualidad de las historias entre mujeres, su profundización en el sentimiento de afecto y ternura que las embarga frente a la desnudez y sobriedad de las relaciones masculinas, que a veces se centran únicamente en la unión amorosa. La anécdota breve y cotidiana desencadena la atmósfera erótica en «Cuando el tacto toma la palabra» de Guillermo Samperio, en este caso el desvelamiento de un pie femenino desnudo llega a sublimar por completo a los amantes. En «Los baños de

Celeste» de Alejandro Aura la desnudez, pero del cuerpo entero, provoca un «crimen erótico» y la morbosidad emana de la atracción dentro del ámbito familiar. El despertar de la sexualidad en los adolescentes es otro argumento importante en este apartado («Arráncame la vida» de Angeles Mastretta, «Antes» de Carmen Boullosa). La pareja heterosexual y su problemática, la fascinación de un hombre joven por una mujer madura («Otoño» de Silvia Molina) o la continuidad del contacto sexual tras la ruptura amorosa («El disparo de Argón» de Juan Villorio) nos hablan de la transgresión de lo establecido como motor del placer. «Un tren a la utopía» de Rafael Pérez Gay desmitifica la idea de «liberación sexual» e introduce el humor y el enredo amoroso. La influencia del cine como fuente de inspiración erótica nos lleva al terreno de la autorreferencia cuando la escena se construye a partir de recuerdos de imágenes cinematográficas («Pedro Páramo salta en garrocha» de Héctor Aguilar Camín). «La extremaunción» de Luis Arturo Ramos es quizás el más dramático de todos los cuentos. De nuevo el acto sexual se utiliza como instrumento de la venganza, depósito del odio y de la violencia callada. Los relatos presentes abandonan los caminos del dramatismo y de la profundidad psicológica para asirse a la anécdota relevante que seduce, ironizan sobre la condición amorosa y sobre la sexualidad como forma de expresión del ser humano.

«Los clandestinos» pretenden llevarnos a los espacios escabrosos, a las raíces sexuales del escándalo. Lo perverso, lo prohibido, lo obscuro y lo inusitado se dan cita en esta colección de textos de autores poco conocidos o de anónimos —dispersos en su mayoría en revistas—. La brevedad y el efectismo del cuadro erótico destaca por encima de otras características. A pesar de que la selección es personal y obedece a criterios subjetivos, el autor es coherente con su propósito, pues recoge situaciones eróticas de índole muy diferente y con estilos literarios que progresan cronológicamente desde el romanticismo al realismo, el decadentismo modernista, la vanguardia o el neorrealismo. El humor, la sensualidad e incluso la crueldad se entremezclan en este muestrario que levanta «la llama roja del erotismo»². Es sorprendente leer relatos eróticos de Julio Torri, José Juan Tablada o Francisco Tario, encasillados en tendencias literarias que resultan ajenas a este ámbito. Tampoco debemos pasar por alto la calidad artística de los textos seleccionados. Todo escritor de renombre parece haber escrito algún relato de este estilo.

El erotismo que muestra Sergio Rodríguez recibirá su etiqueta no sólo dentro de «los parámetros de sábanas y almohadas», existe también «el que subyace entre padres e hijos, médicos y pacientes, maestros y alumnos, confesores y feligreses, de tenientes y soldados y aquellos pasajes en los que se tiene que apagar la luz y abrir la ventana a los mirones, incluso el cruel, ordinario, lascivo, el peludo». Pero sobre todo hace su aparición ese *Eros*

² Expresión que utiliza Octavio Paz en su libro *La llama doble. Amor y erotismo*, Madrid, Seix Barral, 1993, p. 7.

ludens cuya ausencia cree percibir Cortázar en la literatura hispanoamericana. La palabra se convierte en estos relatos en fuente de erotismo, la naturalidad, el juego amoroso desbanca al acartonamiento y demuestra que los escritores mexicanos saben «abrir la puerta para que vaya a jugar»³.

El anexo recoge materiales de gran interés tanto para el especialista como para el simple curioso: las distintas reglas y reglamentos sobre moral pública en México (1917-1990) y un muestrario histórico de libros sexuales o amorosos. Este último puede darnos una idea precisa de la expansión de la literatura erótica a través de los años en México. Las notas sobre los autores seleccionados y las bibliografías complementan el estudio. La general es bastante exhaustiva, ya que nos presenta desde extensos análisis teóricos sobre el concepto de erotismo hasta artículos pormenorizados sobre el tema en México o simplemente menciona libros de cuentos o novelas de asunto amoroso o sensual.

Por último, añadiremos que a pesar de que el título pueda confundirnos en un primer momento —habla de relatos eróticos mexicanos cuando en realidad nos presenta cuentos y fragmentos de novela (a no ser que se refiera a la acepción del término relato en el sentido de «contar» escenas especialmente sensuales)— no nos encontramos ante un vulgar muestrario de literatura erótica. La cuidada selección y profusión de datos sobre el tema convierten este libro en un estudio antológico serio del erotismo literario en México que sorprenderá sin duda a muchos, escandalizará a otros y causará verdadero placer y entusiasmo a los seguidores del género y a todos aquellos que quieran disfrutar de la «llama doble de la vida»⁴.

CRISTINA BRAVO ROZAS

Universidad Complutense

Chavarría, Daniel: *Allá ellos*, Vitoria, Ikusager ediciones, 1994, colección Correría.

Daniel Chavarría —escritor y periodista uruguayo prácticamente desconocido en España— consigue sorprendernos con su producción narrativa: *Allá ellos*. Esta novela de entretenimiento tiene como telón de fondo el espionaje, entendido dentro de la tercera tipología que establece Juan Antonio de Blas en su libro *La novela de espías y los espías de novela*⁵: «el

³ En todo este fragmento parafraseo en sentido positivo a Julio Cortázar en su artículo «que sepa abrir la puerta para ir a jugar» perteneciente a *Ultimo Round*, Madrid, Siglo XXI, 1969, pp. 147-149. Cortázar alude a la falta de una verdadera escritura erótica que no caiga en el tópico de la alcoba y no tenga en cuenta otras relaciones sensuales.

⁴ Octavio Paz: *La llama doble. Amor y erotismo*, op. cit., p. 7.

⁵ Juan Antonio de Blas: *La novela de espías y los espías de novela*, Barcelona, Montesinos, 1991, p. 10.